



Recién coronado Papa, Pablo VI saluda desde la silla gestatoria.

Hacia un Papa político

Si la Iglesia ha estado siempre en el mismo tronco que el poder político, desde hace años las relaciones entre catolicismo y política son turbulentas, difíciles, equívocas. El Papa que suceda a Pablo VI tendrá que enfrentarse a una serie de problemas heredados, pero crecientes, en los que la Iglesia está hoy seriamente mezclada.

Hay un catolicismo que dialoga con el marxismo a niveles filosóficos; hay otro que milita en la extrema derecha y que tiene representantes de la envergadura de monseñor Lefèvre. Un catolicismo convive con el comunismo, con unas relaciones cambiantes, en los países del Este europeo; grandes grupos y personalidades —unas, jerárquicas; otras, populares— se oponen a la dictadura en los países hispanoamericanos, mientras otros la apoyan. En el mundo occidental grandes temas de organización y estructura de la sociedad, como el de los anticonceptivos, el aborto, el divorcio, son concretamente políticos y forman parte de los programas de los partidos, de las campañas electorales; sin embargo, la Iglesia católica los considera privativos. Hay partidos católicos gobernantes o con aspira-

ción al gobierno, como las democracias cristianas: concretamente en Italia la relación entre el Vaticano y la DC está apoyada mutuamente, y al mismo tiempo es objeto de desgaste mutuo. No hace falta ir más lejos de España para presenciar en estos momentos el debate político de la Iglesia: sus problemas ante una Constitución y una tolerancia de costumbres que abarcan divorcio y anticonceptivos, enseñanza estatal, espectáculos eróticos, libertad de expresión en los terrenos morales y en los doctrinales. Una parte de la Iglesia recupera su sentido de cruzada frente a la Constitución, uniéndose de esta forma a las fuerzas no democráticas, mientras otra parte trata de buscar un compromiso entre estas "concesiones" y la defensa de una democracia que ha querido ayudar a venir y a estabilizarse.

En el Tercer Mundo la Iglesia pierde velozmente su influencia: las misiones se han combatido por una parte como elementos de la antigua cultura colonialista, contrarias a la cultura autóctona; por otra, como conspiradoras. Hay obispos en las cárceles de África, misioneros expulsados o encarcelados en América Latina. Hay incluso en

el mundo, todavía, una guerra que reviste características de guerra de religión: la del Úlster. El tema de Israel y los países árabes pasa, por la cuestión de los Santos Lugares, por el Vaticano.

Todo esto requiere un Papa político: seguramente la elección del Conclave lo tendrá muy en cuenta. Un Papa político no podrá, seguramente, unificar esta Iglesia desmigajada y comprometida; pero si la elección es acertada, podrá administrar todas estas ramas perdidas, recogerlas bajo su autoridad, aunque ésta tenga que ser multiforme. La Iglesia ha tenido siempre una gran plasticidad y una enorme facilidad alotrópica: con Pablo VI, frío y distante, pareció escapársele de las manos. Un Papa rígido y duro —al estilo de Pío XII— podría dañar mucho la ya dañada Iglesia; un Papa permisivo e indiferente aumentaría sus contradicciones. El acierto estará en un Papa que sepa asumir las diferencias del mundo contemporáneo, las presencias distintas de la Iglesia, y saberlas administrar. No parece que sea una figura fácil de encontrar en este mundo. Pero se supone que un Papa recibe sus inspiraciones de otro, lo cual podría ayudarle. ■ E. H. T.